

## PROLOGO

Pasará mucho tiempo sin que el mundo pueda saber a ciencia cierta "quiénes mataron a Kennedy".

Pero la interrogante de la multitud debe ser satisfecha por investigadores responsables que de alguna manera, den al mundo una respuesta exacta frente a un hecho histórico de tan vastas proyecciones en el futuro inmediato de nuestro tiempo.

Alguien que conversó con Kennedy, días antes que una bala asesina le destruyera el rostro y le cegara la vida, nos contaba que ninguna fotografía había logrado transmitir la imagen verdadera del Presidente, que era alto de figura esbelta, de mirada azul y profunda con su pupila misteriosamente dilatada, que parecía un poderoso lente humano proyectado hacia el porvenir del mundo. Su pelo rojo rebelde parecía dar un marco soberbio a su rostro que se caracterizaba por una mandíbula poderosa y firme.

Otro era el Kennedy débil y "encogido" que nos lograba proyectar la radiofoto. Así tampoco las Agencias Noticiosas fueron capaces de entregarnos, en sus lacónicos cables, su verdadero pensamiento.

Todo esto quizás produjo una falta de contacto espiritual

**ENTRE** nuestra generación y el mensaje que —sin duda alguna— trajo John F. Kennedy al mundo de nuestros días.

En una hora de profundas transformaciones, cuando los viejos valores jugaban sus descuentos, en el país más poderoso del mundo, aparecía un gobernante diferente.

Los E.E.U.U., vencedores de dos guerras mundiales, parecían los llamados a conservar por mucho tiempo el liderazgo del mundo occidental. Los que derrotaron a Europa lograban a través de un Plan Marshall hacer florecer de nuevo la vida en el viejo continente. Mantenían poderosos ejércitos en todo el mundo y un cordón de acero, de proyectiles y cohetes guardaba las fronteras de su influencia de la otra parte de la humanidad socialista. Mientras mantuvo el monopolio del secreto atómico, controló a su antojo la paz y la guerra, en peligrosos ensayos en Corea y en el Viet-Nam.

Sin embargo, ciegos a las realidades objetivas de la historia, trataron de ignorar las realidades dramáticas del interior de su país, las terribles desigualdades entre blancos y negros, las criminales incursiones del Ku Klux Klan, el sombrío temor de la maffia y la sorda rebeldía de los 17.000.000 de norteamericanos que según las propias palabras de Kennedy, quedan cada día sin almorzar.

Todos estos factores, unidos al hecho de que la historia camina hacia adelante, hicieron que los E.E.U.U. fuera perdiendo sus condiciones de líder occidental. Y tal vez, el hecho más grave de la pérdida de su influencia mundial no esté en su desventaja en la conquista del espacio, sino en el hecho de no haber entendido a tiempo que tenían el deber de conquistar al hombre de la tierra y sobre todo, ganar la confianza y no el rencor de esta familia de 200.000.000 de seres humanos que pueblan la América Latina.

No fue un hecho casual el recibimiento que hicieron los pueblos a Nixon en su gira por nuestro continente como tampoco fue producto de la casualidad, el triunfo de la revolución cubana, ocurrido en vísperas del término del último gobierno republicano de los E.E.U.U.

En este cuadro que abría la pendiente de la declinación

norteamericana, entró en escena un hombre de la talla de Kennedy.

Llegó al poder para tratar de recuperar el prestigio perdido de su país en el mundo y para ello impulsó el desarrollo de la coherencia experimental hasta alcanzar un nivel parecido al de la Unión Soviética y cuando lo hubo logrado, firma el tratado de proscripción de los experimentos nucleares y desafía al mundo proponiendo que sea un ruso y un norteamericano juntos los que lleguen a la luna; capta el drama de los millones de negros discriminados y formula su reforma a la ley de igualdad de derechos civiles; habla en una concentración multitudinaria de negros y logra transformar el rostro sombrío de los preteridos en una mirada de esperanza; formula un plan ambicioso para la América Latina y trata de transformar el imperialismo en una alianza de pueblos para el progreso.

Toda esta lucha la realiza con un coraje que logramos apreciar sólo después de su muerte, cuando conocimos su afán por abrirse camino en un medio hostil que, desde adentro, trataba de frenar sus impulsos revolucionarios.

Sólo ahora, sabemos cuán grande fue la batalla librada por él y como sus enemigos lo combatieron desde la sombra, hasta acabar con su vida.

Este libro trata de descifrar el enigma de nuestro tiempo, de señalar las fronteras que separaban a Kennedy de los sectores reaccionarios de su país que deseaban perpetuar la vergüenza de la desintegración racial, el negocio de la guerra, la explotación del imperialismo. El inmenso poder de los 1000 norteamericanos que controlan toda la maquinaria económica de los Estados Unidos y que no estaban dispuestos a ceder en las conquistas alcanzadas por los círculos financieros que ahogan el alma norteamericana y detienen el progreso de muchos pueblos de la tierra.

Kennedy estaba contra ellos y el autor de este libro a través de sus páginas, nos va mostrando en un lenguaje rudo la magnitud del poder del dólar acumulado y la impotente batalla de un hombre por conseguir que su país cumpla un

rol histórico en función del interés superior de la humanidad y no del mezquino interés del negocio y del dinero.

Kennedy vivió para dar un testimonio distinto y murió combatiendo; de aquí nace nuestro respeto y admiración por su figura gigante.

De aquí nace también, nuestra indignación por su asesinato frío y calculado, realizado por aquéllos que creen que su poder es eterno y que pueden seguir deteniendo el curso de la historia con la mano.

La mano asesina que detuvo la vida del presidente mártir está metida en cada nación de la historia de nuestro continente; ayer, derrocando presidentes democráticos, alentando dictaduras criminales, protegiendo a las naciones privilegiadas, apretando el gatillo contra multitudes indefensas, sacrificando pueblos y haciendo más dura la explotación del imperialismo.

El mundo exige que se haga luz sobre este hecho que cubrirá de vergüenza a muchas generaciones de norteamericanos, luz que aún está lejos, pero que contribuye a acercarla a nuestros días el valeroso testimonio en defensa de los verdaderos valores humanos que hace el autor de este libro en su vigorosa denuncia de los asesinos de Kennedy.

*Patricio Hurtado Pereira*  
*Alberto Jerez Horta*